

Gabriel Salazar

Historia de la acumulación capitalista en Chile

(Apuntes de clase)



HISTORIA

9A/666-51

3
337

1

BIBLIOTECA NACIONAL



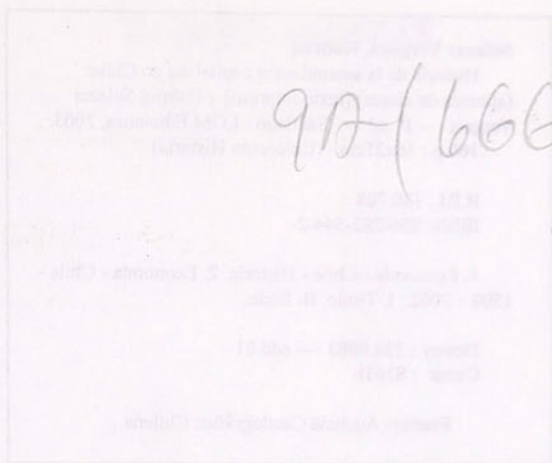
1069533

GABRIEL SALAZAR VERGARA

(Santiago, 1936). Estudió Historia, Filosofía y Sociología en la Universidad de Chile. Entre 1977 y 1984 realizó un doctorado en Historia Social y Económica en la Universidad de Hull, en el Reino Unido. Desde 1985 se ha desempeñado como investigador y profesor en distintas instituciones académicas y universidades chilenas. En la actualidad es director de la Maestría en Ciencias Sociales de la Universidad ARCIS, casa de estudios en la que se dedica también a la docencia y la investigación. Igualmente se desempeña como profesor titular del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile. Es autor, co-autor y editor de numerosas publicaciones. Entre sus libros se destacan: *Labradores, Peones y Proletarios* (1985); *Violencia Política Popular en las grandes Alamedas* (1990); *Los Intelectuales, los Pobres y el Poder* (1995); *Autonomía, Espacio y Gestión* (1998) e *Historia Contemporánea de Chile* (1999 - 2003).

674337

9A(666-5)
-6}



Historia de la acumulación capitalista en Chile (3 tomos de clase)

INSTITUTO VENEZOLANO
DE INVESTIGACIONES
SOCIALES Y ECONÓMICAS

Salazar Vergara, Gabriel

Historia de la acumulación capitalista en Chile:
(apuntes de clases) [texto impreso] / Gabriel Salazar
Vergara . -- 1ª ed .-- Santiago : LOM Ediciones, 2003.
160 p.: 16x21cm.- (Colección Historia)

R.P.I.: 130.708

ISBN: 956-282-544-2

1. Economía - Chile - Historia. 2. Economía - Chile -
1500 - 2002. I. Título. II. Serie.

Dewey : 330.0983 .— cdd 21

Cutter : S161h

Fuente: Agencia Catalográfica Chilena

GABRIEL SALAZAR

Historia de la acumulación capitalista en Chile

(Apuntes de clase)

Curso dictado en el campo de prisioneros políticos

Tres Álamos

1976



LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA **SOL**

© LOM Ediciones
Primera edición, mayo de 2003
I.S.B.N: 956-282-544-2

© GABRIEL SALAZAR
Registro de Propiedad Intelectual N°: 130.708

Motivo de la cubierta: Detalle de pintura "Un baile en la casa de gobierno"
de Claudio Gay

Diseño, Composición y Diagramación:
Editorial LOM. Concha y Toro 23, Santiago
Fono: (56-2) 688 52 73 Fax: (56-2) 696 63 88

Impreso en los talleres de LOM
Maturana 9, Santiago
Fono: (56-2) 672 22 36 Fax: (56-2) 673 09 15
web: www.lom.cl
e-mail: lom@lom.cl

En Buenos Aires *Editores Independientes* (EDIN)
Baldomero Fernández Moreno 1217
Fono: 5411-44322840
editoresindependientes@hotmail.com

Impreso en Santiago de Chile.

*A los camaradas Guillermo Herrera e Ignacio Ossa,
asesinados en Villa Grimaldi por los militares de Chile.*

*En cumplimiento de lo prometido.
Con gratitud y respeto, hasta siempre.*

1.- La Historia Económica de Chile y la necesidad de una teoría para la acción social.

Suele decirse que Chile es un país de poetas e historiadores. ¿Es cierta esta afirmación? Que sea un país de poetas, parece claro, pero ¿de historiadores? Es probable que sí, en tanto han abundado los historiadores que han investigado nuestros orígenes, las “gestas patrióticas”, las proezas militares y las “obras” de los presidentes. Pero surgen dudas sobre esa afirmación cuando se toma en cuenta que la producción historiográfica de un país es pertinente y tiene vigencia en tanto ofrece a sus contemporáneos una *visión integrada* de sus tiempos pasados, presentes y futuros; es decir: una “teoría” capaz de orientar su acción colectiva. Y no, por cierto, una teoría estática, abstracta o puramente retrospectiva, sino dinámica, prospectiva y movilizadora. Es decir: propiamente “histórica”. Si se toma en cuenta este criterio, entonces se llega a la conclusión que la producción historiográfica chilena ha sido insuficiente, que subsisten lagunas, vacíos temáticos y ausencia de perspectivas sinópticas, pese a la abundancia de historiadores.

Sin una teoría históricamente constituida, los grupos o clases sociales tendrán dificultades para generar un sistema de acción racional que sea eficiente en permitirles alcanzar sus objetivos estratégicos. Y sin una teoría histórica que considere los procesos económicos *específicos* del país, difícilmente los objetivos meramente sociales o políticos podrán materializarse en el mediano o largo plazo. La ausencia de una Historia Económica que dé cuenta de esos procesos específicos ha impedido a esos grupos o clases iluminar *todo* el camino histórico que deben recorrer sus movimientos sociales o políticos. Los estudios económicos existentes se han concentrado, sobre todo, en la descripción de las coyunturas de “crisis” (inconvertibilidad del billete de banco en 1878, bloqueo comercial del salitre, desnacionalización del sector exportador, colapso del comercio exterior de 1929-30, espirales inflacionarias de la década de 1950, etc.), pero no en los procesos a través de los cuales los factores productivos se han organizado y combinado en un *determinado modo de acumulación*.

Largas recopilaciones se han hecho de los acalorados debates que se desencadenaron, por ejemplo, sobre si el sistema monetario debía basarse en el patrón oro o en el papel moneda; si la estrategia económica debía ser monetarista o productivista; si la política global debía ser proteccionista o librecambista, etc. Debates que, por regla general, tuvieron un carácter más político que técnico, más coyuntural que estratégico, y más ideológico que histórico. A menudo, la carencia de esos estudios y la superficialidad de esos debates han movido a ciertos gobiernos extranjeros y agencias internacionales a enviar a Chile “misiones de expertos”, en parte para investigar de un modo más científico (positivista) la situación económica del país, en parte para inducir a los gobiernos locales a implementar determinadas políticas fiscales, y en parte para favorecer la incorporación del país a la gran red *librecambista* del mercado mundial. Tal ocurrió a mediados del siglo XIX (misión Courcelle-Seneuil), a comienzos del siglo XX (misión Kemmerer), a mediados del mismo (misión Klein-Saks) y a fines de éste (misión Friedman, de los Chicago Boys y del Fondo Monetario Internacional). ¿Existe una inhibición colectiva o histórica que impide investigar con crudeza la realidad íntima del tipo de capitalismo que ha existido y existe en Chile?

Ante esta debilidad teórica ¿qué han hecho los historiadores? La mayoría, obedientes a la consigna según la cual la Historia es, por definición y tradición, la ciencia “del pasado” y que, además, en tanto proceso o encadenamiento de sucesos, es una “gesta, hecha por los hombres”, han examinado una y otra vez el más remoto pasado posible (mito de “los orígenes”), los hechos más endurecidos por la fuga del tiempo (mito de “la objetividad”) y las hazañas producidas por el genio de los realizadores (mito de “los héroes”). El repliegue de los historiadores hacia el pasado –guareciéndose de las tormentas históricas del presente– es presentada como garantía de objetividad científica y salvaguarda frente a cualquier acusación de subjetivismo o partisanismo político. Así, apiñados sobre el período colonial, enredados en las luchas de la Independencia, han producido monografías eruditas, descripciones detalladas de acontecimientos relevantes y no relevantes, biografías ejemplares; en fin, obras maestras, sin duda, que brillan como estrellas fijas en el cielo específico de los eruditos. Pero que, para los legos y profanos que trafican por el vientre mismo de los problemas históricos, son solo estrellas opacas o nebulosas que desorientan u oscurecen su caminar. ¿Es necesario enumerar esas obras maestras y nombrar a sus autores? La lista es conocida. Están en los textos escolares. En la retórica de los discursos políticos. En el centro de la “memoria oficial”. Por eso, lo que cabe decir aquí es, solo, que esas obras y esos autores, pese a su brillo aislado, uno con otro todavía no configuran la vía láctea que, de conjunto, señale la dirección hacia la que debería moverse la sociedad chilena.

Conscientes de la fuga de los historiadores hacia “los orígenes”, no pocos economistas y sociólogos se han apiñado sobre la historia presente, procurando llenar el enorme vacío –de siglo y medio– que tienen a su espalda los historiadores. Y han escrito influentes “ensayos” que, basados en tablas estadísticas de *corta* duración y conceptos generales de *largo* alcance, han intentado hacer un diagnóstico de la situación actual, y un pronóstico

(también cuantitativo y general) de lo que podría venir. ¿Es necesario nombrar estas obras, honrar a sus autores y describir la influencia que han tenido en las trascendentales opciones políticas que se tomaron en el crítico período 1930-1973? La lista también es conocida. De modo que lo que aquí cabe decir es que estos diagnósticos y pronósticos han guiado a los chilenos en el tiempo corto, en la coyuntura, siguiendo las galaxias difusas de sus abstracciones y sin sentir el calor interno de sus procesos vivos, sociales y culturales. Pues pena en ellas la ausencia de la *historicidad*. Sobre todo, como *historicidad social, cultural y de vida*.

El carácter específico de los procesos económicos del largo período que va de 1830 a 1938 ha sido, pues, o estudiado fragmentada y microscópicamente por los historiadores, o ahistórica y telescópicamente por los economistas y sociólogos que se han preocupado del presente. Existe, por eso, un gran vacío cognitivo respecto al proceso a través del cual se produjo en Chile la *transformación de la economía colonial en economía industrial-capitalista*. Transformación estratégica que echó las bases no solo del modelo de acumulación nacional-desarrollista del tramo 1938-1973, sino también del actual modelo liberal o imperial desarrollista. Fue allí y entonces donde y cuando surgió la matriz de su lógica de desenvolvimiento histórico. Los estudiosos que han examinado la historia económica del período indicado (1830-1938) son pocos y, desafortunadamente, su examen se ha basado sobre todo en los productos directivos del Estado (decretos, leyes) y solo en las estadísticas generales del comercio exterior y del presupuesto fiscal. A partir de estos precarios estudios (cabe citar aquí, por ejemplo, los trabajos de Daniel Martner, Miguel Cruchaga, Evaristo Molina, Agustín Ross, Guillermo Subercaseaux, Francisco Antonio Encina, Luis Aldunate, Julio Zegers, Frank W. Fetter, etc.), sin embargo, se acuñaron después de 1938 varias definiciones fundamentales, que fueron utilizadas como *premisas históricas* de los programas nacional-desarrollistas y anti-dependentistas que implementaron los gobiernos democráticos hasta 1973.

Sobre ese débil fundamento cognitivo flotaron diversas categorías de análisis, muchas de ellas difusas y a menudo contrapuestas. Cabe citar, entre otras, las de “desarrollo hacia fuera”, “economía exportadora”, “capitalismo dependiente”, “subdesarrollo”, “periferia”, “industrialización sustitutiva de importaciones”, etc. que, como es fácil de ver, son derivaciones conceptuales de las estadísticas del “*comercio exterior*”. Como si no hubiera factores *productivos o acumulativos internos*, o variables domésticas que actuaran de adentro hacia fuera. Para la mayoría de los estudiosos posteriores a 1938, *todo comenzó en 1930*, especialmente la industrialización, como reacción a lo que *ya* había comenzado en 1541 (esto es: la colonización y el subdesarrollo). De modo que el diagnóstico final era: desde 1541 hasta 1930, el “excedente económico nacional” fue sistemáticamente expropiado por los capitalistas de España, Inglaterra y Estados Unidos –dejando tras sí el vacío del subdesarrollo–, pero a partir de 1930 el Estado (o sea, los políticos) comenzaron a retener parte de ese excedente, sustituyendo las importaciones de bienes de consumo por la producción

industrial nacional de esos mismos bienes. A la idea de “expropiación” del excedente económico nacional se opuso, así, como gesta heroica, la de “nacionalización” del mismo, marcando así una “segunda independencia”, que fue esta vez anotada en el currículum histórico de la clase política desarrollista del período 1938-1973. Esto implicaba decir que el “excedente económico”, que podía detectarse en los balances monetarios del comercio exterior, era la panacea del desarrollo, la varita mágica del despegue y la quintaesencia del capital, de modo que toda la historicidad radicaba en la *disputa por la propiedad* del dicho excedente. Había que luchar a muerte por reapropiarse de él. Por reconquistar su pertenencia. Pues, con él, ya no habría problemas.

La tesis del papel subdesarrollante que habría jugado y jugaba el capital extranjero en Chile, fue esbozada, primero, por el latifundista Francisco Antonio Encina en 1911, reformulada en 1934 por Óscar Álvarez Andrews a nombre de la Sociedad de Fomento Fabril, ampliada en 1956 por Aníbal Pinto Santa Cruz siguiendo las aguas de la CEPAL y difundida por todo el mundo desde 1967 por André Gunder Frank, esta vez como denuncia revolucionaria. Todos estos y otros estudiosos se dieron la mano para, a coro, exponer la antiteoría del desarrollo capitalista chileno (es decir: la teoría inversa de su “frustración” y subdesarrollo), la perpetuidad de la dependencia y la “inferioridad” de nuestras capacidades económicas *intrínsecas* (tanto de la oligarquía como de los burócratas y los proletarios). Pensando cada uno de ellos para su propio grupo, clase o movimiento social, esos estudiosos se citaron unos a otros, en sucesión, sin parar mientes en sus diferencias, para probar la veracidad, objetividad o consensualidad de su teoría global. Y la teoría era que el país vivía una catástrofe económica, la que, para producirse, necesitó de la contribución combinada de un capital extranjero con vocación cleptómana y de una burguesía nacional con vocación “concupiscente” (A. Pinto S.C.).

La convergencia de todos en ese diagnóstico tipo “juicio final” (Chile parecía condenado al subdesarrollo por los siglos de los siglos) solo podía conducir a la aparición de ideologías desesperadas. A exabruptos teóricos de Izquierda o de Derecha, pues no se reconocía la existencia de procesos específicos o continuidades históricas, sino solo la omnipresencia de una mole capitalista, que, instalada encima de todos, succionaba sin cesar los excedentes económicos, bloqueando el desarrollo de los pueblos. Ante esa mole –se pensaba– no tenía sentido echar mano de las solidaridades propias de la *memoria social* (no había “procesos”, solo “estructuras”) sino, tan solo, de la *voluntad política* pura, esencializada y forjada al hierro. “¡Victoria, o muerte!”. El terreno estaba preparado para que los hombres, educados en el desconocimiento de su propia memoria, terminaran siendo víctimas de la “tiranía de la historia” (F. Engels). En ese contexto, y para espanto de Treitscke, la historia *haría y desharía* a los hombres, y no éstos a aquélla.

Hubo, sin embargo, estudiosos que quisieron desprenderse de esa lógica de hierro para hurgar *dentro* de esas categorías abstractas, para explorar su contenido *histórico*, sus diferencias regionales y el modo de sus articulaciones *sociales*. Fue el camino abierto por

sociólogos con sensibilidad histórica, como Enzo Faletto, Enrique Cardoso, Ernesto Laclau, José Nun y otros. Quisieron escapar de los enrejados aritméticos del “comercio exterior” y bajar a los procesos productivos y sociales que estructuraban por dentro, dinámicamente, el “modo de producción” dominante en América Latina y en las regiones del subcontinente. A este efecto, leyeron y releieron a los autores clásicos del marxismo teórico, desenterraron, incluso, sus borradores (los *Grundrisse* y las *Formen*, por ejemplo) e hicieron rápidas incursiones “tipológicas” por el pasado de América Latina. Este trabajo contribuyó, sin duda, a enriquecer la especificidad de los conceptos en uso, pero a la vez *los multiplicaron*, tanto, que quedaron sumidos e ignorados dentro de la *misma* teoría general del subdesarrollo y la dependencia. Con todo, a lo largo de este intento, se logró “descubrir” que, junto a la revolucionaria clase obrera, existía una mayoritaria “masa marginal”, cuyo papel revolucionario quedó en suspenso. Pero no hubo mucho tiempo para seguir investigando, o pensando. Se aproximaba el año 1973. La lucha política real rebasó la guerrilla conceptual. Pero también el *flatus vocis* del nominalismo teórico hizo presa de esos análisis tardíos, anulando los esfuerzos iniciales por llegar a la especificidad e historicidad de los procesos económicos latinoamericanos y chilenos. Por eso, hacia 1973, la “teoría histórica” del capitalismo chileno no había avanzado mucho más de lo logrado por F. A. Encina (latifundista y oligarca) en 1911: seguíamos pensando en nuestra “inferioridad” y en el predominio abrumador de los “extranjeros”. En este sentido, la aparente ortodoxia de Encina se enlazó, a la larga, con la aparente heterodoxia de los pensadores de Izquierda. Enlace que no denunciaba un error “político” del primero o de los segundos, sino una deficiencia “teórica” de ambos.

Bajo esos rodeos y enlaces, muchos fenómenos económicos estrictamente locales y procesos entrañablemente internos quedaron sin investidura teórica, y al margen de los programas de acción política (reformistas o revolucionarios). Y lo que fue peor, no pocos sujetos y actores sociales quedaron sin orientación, sin objetivos ni medios históricos claros, como si los despliegues teóricos, en lugar de marcar una dirección para avanzar, fueran nubes difusas que producían mirajes y alucinaciones. Moverse en las coyunturas históricas con tales nubes sobre los ojos, era, sin duda, peligroso: las explosiones de irracionalidad histórica podrían multiplicarse dentro de uno mismo, o hallarse a la vuelta del camino.

La exploración histórica que sigue intenta eludir esas nubes desorientadoras y adentrarse, por el contrario, en la *especificidad concreta* de los procesos económicos y sociales que han configurado la evolución del capitalismo en Chile. Esto implica eludir también las redes mecánicas del puro comercio exterior y descender hasta las relaciones internas que determinan el desarrollo de los procesos de *producción* y, sobre todo, de *acumulación capitalista* en Chile. Es en este nivel de concreción donde los actores sociales –capitalistas extranjeros, empresarios nacionales, políticos y trabajadores– juegan sus decisiones tácticas y estratégicas, sus proyecciones históricas y se posicionan social y políticamente frente a los conflictos o ante las crisis. Pues, sin el conocimiento interno de la historia económica nacional, y sin el conocimiento de la lógica de acción que adoptan los diferentes grupos

sociales frente al desenvolvimiento específico de esa historia, no puede haber una teoría iluminadora de la acción social. Esto es: un saber que permita hacer la historia que queremos, y no la que nos tiraniza. La verdadera "teoría de nuestra situación" necesita, hoy más que nunca, ser construida desde esta opción epistemológica. De una vez y, ojalá, para mucho tiempo. Inexorablemente.

2.- El problema de la periodificación histórica.

La diferenciación de períodos dentro de un proceso de larga duración histórica es una operación de importancia estratégica para hacer posible la clarificación conceptual de las transformaciones que ocurren en las estructuras centrales de la sociedad (formación social, modo de producción, estructura de clases, sistemas de dominación, etc.). Esta operación permite poner en evidencia la lógica que rige los procesos estructurales de la historia y hacer posible el *control social y racional* sobre tales procesos (en un sentido de cambio, o en un sentido de conservación).

La periodificación adecuada de los procesos constituye un instrumento fundamental para el desarrollo teórico de la conciencia histórica. Para mirar lejos, al horizonte. Para ajustar con sentido de realidad los objetivos y medios de la acción social. La inexistencia de una periodificación adecuada condena el trabajo científico a compilar y apilar descripciones particulares de hechos y situaciones, pero no a orientar la acción. Y condena la conciencia social a dar respuestas inmediateístas a desafíos coyunturales que irrumpen "por sorpresa". La conciencia pre-teórica empuja a los sujetos, quieranlo o no, a comportarse irracionalmente en un sentido *histórico*. No tener acceso a la lógica profunda de los procesos históricos equivale con mucho a quedar inerme frente a embates imprevistos, golpes a traición o asaltos en despoblado. Y a quedar al margen, o postergado, de la marcha de todo.

La tradición nos ofrece, a este respecto, una periodificación de la historia de Chile que se respeta como si fuera un monumento nacional, tipo Casa Colorada o Templo Votivo Nacional de Maipú. Es aquella que se enseña a los niños, pero que no tendría sentido enseñar a los que necesitan *transformar* la realidad. Está basada en una ideología patriótica y en el supuesto de que es el Estado, y no la Sociedad o el Mercado, el que marca los rumbos y fragua el destino histórico de todos los chilenos. Reconoce solo tres grandes etapas:

- a) la de Descubrimiento y Conquista (1541-1598), que se refiere a las *hidalgas* huestes expedicionarias de Diego de Almagro y Pedro de Valdivia (que nos emparentaron con el nobiliario peninsular) y a la *épica* resistencia del pueblo de Arauco (que nos explica el origen de nuestro espíritu guerrero), etapa que concluye en el desastre español de Curalaba, en 1598;

b) la de la Colonia (1598-1810), que engloba una etapa oscura, *medieval*, en que el nefasto Imperio Español y sus instituciones de dominación colonial oprimieron y casi esclavizaron al pueblo criollo que se formaba en ese período, retrasándolo con respecto a la modernidad liberal que por entonces estaba emergiendo en Europa, y c) la de la República Independiente (desde 1810 hasta la “segunda independencia”, que para algunos fue 1938 y para otros 1973), en que el *glorioso* Ejército de la Patria (jamás vencido) y los grandes estadistas (incorruptibles, como Diego Portales, Manuel Bulnes, Manuel Montt, Antonio Varas, Manuel Baquedano, etc.) liberaron al pueblo criollo, dieron límites al territorio nacional, crearon la nación y construyeron el “Estado en forma” más estable de toda América Latina. Esta fase se ha subdividido en un ciclo de *apogeo* (1830-1860, coincidente con el Estado Autoritario o “pelucón”) y un largo ciclo de *decadencia* (1860-1973, coincidente con el Estado Liberal o parlamentarista, y Democrático o populista).

Es evidente que esta periodificación se basa en el reconocimiento de *gestas heroicas arquetípicas* y coyunturas fundacionales (Conquista e Independencia), y también en la primacía otorgada a la función *político-estatal* sobre los aspectos sociales, económicos y culturales. Como tal, es un esquema útil para acomodar el pasado en términos de culto a los fastos y emblemas (estáticos) de “los orígenes”, pero no para los proyectos que anidan en la conciencia histórica (dinámica) de sus habitantes. Si lo que se requiere es pensar la historia de Chile para resolver su crisis económica y social, entonces es posible y aun necesario desechar esta periodificación, sin demasiados remordimientos.

En razón de esto es que los economistas (principalmente) y los sociólogos del desarrollo han improvisado una periodificación alternativa, que se funda en los grandes cambios registrados en la evolución del *comercio exterior* chileno. Nótese que, en general, esta periodificación coincide con la periodificación “patriótica” resumida más arriba, pues las etapas que aquí se distinguen son:

- a) Etapa de expansión acelerada del “desarrollo hacia fuera” impulsado por el sector exportador nacional (1830-1860, en coincidencia con el “orden” establecido por el Estado Autoritario y “pelucón”), con superávits holgados en los balances de la Hacienda Pública, razón por la que esta fase ha sido presentada como de cuasi “despegue capitalista” (Aníbal Pinto S.C.) o *take off* (W. W. Rostov);
- b) larga etapa de estancamiento y depresión del “desarrollo hacia fuera” (se la llamó “frustración del desarrollo”), con debilitamiento de la moneda nacional, crisis de la minería metálica, déficits de la Hacienda Pública y extranjerización de la economía, lo que coincidió con la prolongada fase de desmoronamiento y *liberalización* del Estado Autoritario, todo lo cual abarcó el período 1860-1930;
- c) breve etapa de expansión basada en el *sector industrial* y en las políticas nacional-desarrollistas (fase de “desarrollo hacia adentro” o “industrialización sustitutiva

de importaciones”), iniciada en la crisis comercial de 1930 y cerrada por la crisis inflacionaria de 1955; seguida luego, hasta 1973, por períodos espasmódicos de desarrollo y estagnación.

Insatisfechos con esta periodificación –que tenía un notorio carácter “*circulacionista*” por estar excesivamente centrada en el comercio exterior chileno– algunos autores han introducido, en tiempos muy recientes (desde 1971 en adelante), el concepto de “modo de producción”, que apunta a considerar la articulación específica de los *factores productivos* y los procesos locales de acumulación de capital, en la perspectiva de discernir la *lógica interna* del desarrollo capitalista de los países latinoamericanos. Hasta el momento, esta perspectiva se ha limitado, desgraciadamente, a debatir acerca de *cuántos* modos de producción han existido en la historia mundial, si se puede hablar o no de un modo de producción específico de América Latina, si existió un modo de producción colonial y si es posible o no pasar del modo de producción capitalista al socialista cuando se han dado o no se han dado las “condiciones objetivas y subjetivas” para hacerlo. Esta perspectiva no ha madurado suficientemente aun como para proponer “otra” periodificación de la historia económica nacional, que sea más fructífera para las clases involucradas en la aventura del desarrollo capitalista (o socialista) nacional. Pero es evidente que aporta un ángulo de mira nuevo y fructífero.

De cualquier modo, tanto los economistas que han girado contra el fondo tradicional del “comercio exterior” como los sociólogos e historiadores que han intentado girar contra el gran fondo marxista del “modo de producción”, han trabajado, hasta ahora, con una muy débil base empírica. Las estadísticas del Comercio Exterior –que han sido las más utilizadas– contienen notorios problemas de clasificación adecuada de los ítems que sirven de base, mientras que las leyes y decretos económicos no desnudan las relaciones económicas *verdaderas* que se desarrollaron entre los diversos actores operantes en el mercado interno y externo del país. El resultado ha sido que los estudios de los nuevos economistas y de los sociólogos del desarrollo están más determinados por el peso de sus conceptos teóricos abstractos que por el peso empírico de las fuentes consultadas.

Ante este panorama, proponemos una periodificación que, a título de hipótesis, intenta basarse en las relaciones y procesos *internos* de la formación económica nacional, en la confianza de que esta perspectiva nos mostrará el o los modos de *producción y acumulación* que han existido o existen en la historia de esa formación y, a la vez, las *lógicas de acción* que han guiado y guían a las clases y grupos sociales (mercaderes, productores, banqueros, gobernantes, trabajadores, grupos marginales, etc.) que se han movido y mueven dentro de ese o esos modos sucesivos de producción y acumulación. Todo ello en base a fuentes documentales y estadísticas de carácter propiamente historiográfico, que permiten pensar la economía a partir de la lógica de acción de los principales actores sociales vinculados a los procesos de producción y acumulación (consideramos que la lógica de la “producción” puede diferenciarse o escindirse de la lógica estricta de la “acumulación”

capitalista). Apostamos a que esta perspectiva nos puede conducir más directamente a la elaboración de una teoría accional apropiada sobre nuestra situación.

Las etapas fundamentales que se distinguen desde esta perspectiva son las que siguen:

1) Gestación del modo de producción y acumulación coloniales en Chile (1541-1580, aproximadamente). Transformación de las “empresas mercantiles de conquista y saqueo” en “empresas populares de producción y colonización”, según el modelo establecido por Pedro de Valdivia. Opciones empresariales limitadas en el contexto de un mercado fundacional. Expansión y crisis del ciclo aurífero. Primer intento (fracasado) de acumulación primitiva.

2) Segunda fase del modo de producción y acumulación coloniales en Chile (1580-1690): normalización del mercado (configuración del mercado virreinal inter-colonial); transformación de la economía aurífera en economía agropecuaria; inicio de la exportación de mercancías propiamente tales; despegue de la *acumulación mercantil* y aparición de una oligarquía formada por exportadores de sebo, cueros y cordobanes; diversidad y multiplicidad de las relaciones sociales de producción; inicio de la *explotación mercantil* interna sobre el empresariado productor.

3) Tercera fase (apogeo) del modo de producción y acumulación coloniales (1690-1873): ampliación del mercado externo (subordinación del mercado virreinal y apertura progresiva hacia el mercado mundial); expansión de las exportaciones de trigo, cobre y plata; masiva importación de manufacturas industriales de consumo directo; aumento acelerado de la acumulación mercantil (aparición de los *merchant-bankers*); monopolio del crédito interno; *peonización* de las relaciones sociales de producción; *crisis y empobrecimiento de la clase productora* criolla y mestiza; imposición autoritaria del Estado (mercantil); utilización del Ejército (“nacional”) para expandir las fronteras y disciplinar el peonaje; entronización de un poderoso *conglomerado comercial extranjero*; inicio del conflicto económico-social, con fuerte impacto político.

4) Cuarta y última fase del modo de producción y acumulación coloniales: *la crisis* (1860-1878 y después). Crisis de productividad de las empresas de filiación colonial y agotamiento de los yacimientos metálicos; crisis cambiaria del peso chileno; crisis del monopolio crediticio interior y endeudamiento exterior de la oligarquía y el Estado; se inicia el *éxodo del peonaje* chileno al exterior; los grupos liberales logran acceder al Estado e iniciar la liberalización del sistema electoral y la modernización de las instituciones civiles; debilitamiento y crisis de los *merchant-bankers* criollos (a la que pronto se agregó la crisis del sistema de haciendas); el conglomerado mercantil extranjero penetra y *hegemoniza* todos los sectores estratégicos de la economía nacional. Sensaciones de crisis, decadencia y corrupción moral.

5) Primera fase de *transición* de la economía colonial a la economía industrial capitalista (1870-1930). La crisis de la economía colonial fue una crisis de productividad.

Esto obligó a iniciar la importación de *medios industriales de producción* (máquinas, herramientas, combustibles, materias primas, etc.), a fundar un incipiente “sector industrial” y a intentar la *mecanización* de la producción agrícola y minera. Se iniciaron así las inversiones reproductivas y la *acumulación industrial capitalista* propiamente tal. Fue una industrialización promovida y hegemonizada por el gran *capital comercial extranjero* y por ingenieros y técnicos industriales inmigrados. Surge de aquí la clase obrera industrial. Esta transición tuvo un ciclo expansivo (1870-1908, aproximadamente) y un ciclo recesivo (1908-1930). Desplazada del mercado externo e interno, la oligarquía nacional se aferró a los recursos de la Hacienda Pública, pero ésta entró en crisis creciente desde 1914. Pese al evidente desarrollo industrial capitalista promovido por el conglomerado extranjero, la oligarquía y la sociedad chilenas se precipitaron en una profunda crisis social y política.

6) Segunda *transición* al capitalismo industrial (1930-1973). La crisis comercial de 1930 desplazó al hegemónico conglomerado comercial extranjero, produciéndose un gran vacío estratégico en el liderazgo económico. A ello se sumó la crisis del salitre y la desnacionalización de la gran minería del cobre. No habiendo otro camino que *continuar* con el desarrollo industrial, el Estado (o sea: la clase política) asumió el liderazgo económico y la *continuidad* del desarrollo industrial. El empresariado de Estado postergó al empresariado privado y monopolizó las relaciones externas de la economía chilena, pero mantuvo intacta la opción por *importar* los medios industriales de producción en vez de *producirlos* internamente, razón por la cual mantuvo *disociados* los ciclos básicos de la acumulación capitalista. Para sostenerse frente a la estrechez del mercado externo y a la oposición del empresariado interno, el emergente empresariado de Estado debió hacerse populista y apoyarse en la clase trabajadora. Bajo este paraguas, el movimiento popular se politizó e izquierdizó. La lucha de clases, aunque legalizada, llegó a una situación pre-revolucionaria, *sin que se hubiera completado la transición capitalista*.

7) Tercera etapa de la (larga) transición al capitalismo moderno (1973 hasta hoy): la *involución*. El Ejército –que siempre consideró “patriótica” la opción mercantil librecambista y no la social productivista– puso fin a la transición *industrial* hacia el capitalismo y retomó la transición *circulacionista* (esto es: comercial-financiera), reconstituyendo el empresariado nacional, asociándolo al nuevo conglomerado económico extranjero que, otra vez, ha hegemonizado los mercados externos e interno del país. Se subordinó militarmente (como en el siglo XIX) a la clase trabajadora, reapareciendo los destierros, las cárceles, el desempleo, el empleo precario de tipo “peonal” y la “cuestión social”. Es, sin duda, una fase de involución, pues *restaura* la hegemonía de la acumulación mercantil-financiera sobre la acumulación productivo-industrial.

